

LA VISPERA  
Y EL DIA DE UNA BODA



I

Capitán, el sol está como una ascua ardiendo, y el calor será insufrible dentro de dos horas.—De poco se queja Ud. amigo, me contestó el capitán. Si hubiera Ud. pasado como yo meses enteros en llanuras donde no había ni siquiera una rama ó matarral de media vara de alto, donde sombreadarse!

—Es claro que me habría muerto.—Uds. los soldados presidiales tienen un cuerpo de fierro, y una alma no sé cómo, porque esto de pasarse la vida siempre aislados, siempre en los desiertos y en los bosques, cazando bárbaros y búfalos, tiene algo de sublimidad salvaje.

—En efecto, contestó el capitán, nuestra vida es semejante á la de los marinos. Ellos navegan en un desierto de agua, nosotros en un desierto de verdura; ellos luchan con las olas, nosotros con los espinos de los

bosques y la aspereza de las sierras; su vida está en perpetuo riesgo, lo mismo que la nuestra; siempre solitarios, contemplamos con veneración y religiosidad, las horas en que nace y se pone el sol, nos dormimos contemplando las estrellas, y arrullados con el ruido del viento que zumba en las hendiduras de los árboles viejos, ó con el fragor lejano de las encinas que rompe y desgaja la caballada silvestre.—¡Oh, es hermosa la vida del desierto!

—Sí, capitán, hermosa, muy hermosa; pero cuando no hace tanto calor como hoy.

—En efecto, el sol cae á plomo sobre nuestras cabezas.

—Y dígame Ud., ¿nos faltará mucho para llegar al Pueblito?

—Mire Ud., me respondió señalando á la izquierda, luego que acabemos de salir de este cañón tenemos que pasar esas lomas blancas, y media legua después se halla el Pueblito.

En efecto, á poco rato dejamos el cañón estrecho que habíamos transitado por más de dos horas, y nos dirigimos á una loma de poca elevación, desde donde se observaba trazado el camino en una cadena de colinitas y semejante á un inmenso boa, ya tendido, ya enroscado en un espacioso terreno blanquecino y cuyo aspecto monótono estaba variado por algunos matorrales y palmeros silvestres. El sol reverberaba de una manera terrible en las rocas calizas,

y las bocanadas ó ráfagas de viento eran á cada instante más calientes. El capitán, á pesar de su costumbre de caminar por climas tan recios, sufría alguna molestia; en cuanto á mí estaba á punto de rabiarse. Largo trecho caminamos sin hablar una palabra, hasta que el capitán me dijo: mire Ud., camarada, allí delante está el Pueblito. Alcé la cara, y ví una alameda, un oasis, un edén. Prendimos espuela á los caballos, y al cabo de cinco minutos ya estábamos en una calle de altos nogales y fresnos. No soplabá allí un simun\* abrasador, sino una brisa llena de oxígeno y de vida: arroyos caprichosos y jueguetones corrían entre las raíces de los árboles, llevando en su linfa trasparente los pétalos amarillos y nácares de las rústicas y humildes flores que crecían en las orillas: las casas, aseadas y pintadas de blanco, parecían hundidas entre las yedras y las cañas de maíz. Y luego agréguese á esto algunos corderos que pacían la yerba, algunas muchachas que bañaban sus trenzas rubias en aquellas aguas de cristal, algunos niños que se mecían en un columpio. . . . ¡Qué imágenes tan puras de felicidad! ¡Qué cuadros tan espléndidos de la naturaleza! Era menester derramar una lágrima de melancólico placer en ese oasis, en ese verjel, en esa canasta de flores que se llama el "Pueblito."

\* Viento del desierto.

Antes de pasar adelante contaré á mis lectores algo sobre su origen histórico, aunque no salgo garante de la verdad. Allá en los tiempos de la conquista, un puñado de indios Tlaxcaltecas cansados de la guerra, ostigados con las crueldades de la tropa de Cortés, y resueltos á no dejarse dominar, resolvieron emigrar de su país natal, y en efecto peregrinaron muchos días sin que durante ellos encontraran un sitio apropiado para establecerse; caminaron más leguas, y se internaron en una sierra altísima, decididos á vivir entre las cavernas; pero un día al salir el sol divisó uno de ellos un bosque frondosísimo, y dió aviso á sus compañeros, los cuales descendieron de la montaña y hallaron el paraje de todo su gusto, porque era una tierra virgen donde los cíbolos y los ciervos pacían tranquilos la yerba y dormían á la sombra de los nogales y manzanos. Los emigrados, pues, comenzaron á formar sus cabañas en el bosque, y como un recuerdo de su pasada y trágica historia, le pusieron el nombre de Tlaxcala. Parece que en mucho tiempo no fueron molestados por los españoles, y que aun las tribus bárbaras del norte respetaron al puñado de valientes tlaxcaltecas. Después como ha habido un furor de cambiar y reformar todas las cosas existentes, á Tlaxcala se bautizó con el nombre de "Bústamante;" pero en el Departamento de N. León de que forma parte, le llaman todos el Pueblito.

Ya que poco más ó menos conocen los lectores al Pueblito, lo cual no deja de ser esencial para el objeto de mi narración, seguiré adelante con ella.

Llamó nuestra atención un fresno altísimo, que parecía convidarnos á reposar en la sombra que proyectaba en el prado su espeso y pomposo follaje, y en efecto lo escogimos como un asilo, como un espléndido salón para saborear nuestro frugal alimento. ¡Cuánto más hermosos son estos artesones de verdura y estas mesas de fino césped que los cortinajes de tisú y los muebles de mármoles de los palacios! El capitán desató unas "árganas" de los tientos de la silla y tendiendo sus "mangas" en el suelo, sacó á luz una botella de vino de Parras, unos trozos de queso, unos salchichones, galletas, almendras y finalmente un excelente pedazo de dulce de membrillo. Asombrado quedé de que pudiera cargar en las ancas del caballo una despensa tan abundante; pero sin argumentarle ni hacerle necias observaciones, me limité á ejecutar lo que todo hijo de Adán habría hecho en mi caso, es decir, á saborear los salchichones, queso y galletas y á echar grandes sorbos de vino. Concluida la comida encendí un gran puro, me acosté cerca de un arroyo y dejando pacer libremente la yerba á mi caballo como lo hacía el buen D. Quijote de la Mancha, y respirando aquella perfumada aura de las flores y es-

cuchando el soñoliento ruido del agua, se apoderó un benéfico sueño de mis sentidos y cerré mis párpados. El capitán hizo otro tanto. Mi sueño fué tranquilo, dulce, celestial como el de nuestro padre primero cuando dormía bajo de los plátanos y palmeras del paraíso.

Me disponía á levantarme y despertar al capitán, cuando ví flotar entre el verde esmeralda de los arbustos, los "zagalejos" rojos de lana de dos jovencitas, que se aproximaban lentamente y con precaución hacia el lugar donde estábamos. De pronto juzgué que soñaba, que no era cierto lo que veía, sino una de esas visiones de la fantasía, cuya realidad buscamos con ansia al día siguiente. Las niñas seguían andando de puntillas y á medida que se acercaban podía distinguir sus rostros blancos, sus trenzas negras flotando á impulsos de la brisa, sus cuerpecillos aereos, flexibles, fantásticos. . . . Las niñas se aproximaron más y yo entonces cerré los ojos y fingí que dormía profundamente, procurando sólo divisar sus movimientos al abrigo de mi sombrero, que tenía colocado sobre una parte de mi cara. Un rato estuvieron en pie, después con mucho tiento colocáronme el sombrero de manera que me cubriera un rayo de sol que penetrando por entre las hojas del fresno daba en la cabeza, y temiendo sin duda ser sorprendidas en esta obra de inocente y sencilla compasión, huyeron pre-

cipitadamente. Necesité reflexionar mucho tiempo y estregarme los ojos con frecuencia para quedar cerciorado de que lo que había visto no era una visión celestial.

Al ponerse el sol fuimos á una casita situada frente del fresno á pedir permiso para pasar la noche, protestando dar la menor molestia posible.

—Pasen vds., señores, esta casa está á su disposición, nos contestó una mujer como de cuarenta años, fresca y rubicunda todavía.

—Gracias, señora, gracias por esta amable sonrisa con que nos ha ofrecido su casa.

—Lo acostumbro hacer así con todos los pasajeros y militares que transitan por este lugar, y más cuando su aspecto indica que no abusarán. . . .

—Ni por pienso, señora, le contesté; por el contrario, si causamos á vd. incomodidad, pasaremos la noche debajo de aquel fresno donde ya hemos dormido una agradable siesta.

—En efecto los ví á vds. y mandé á mis niñas á que cubrieran á vds. la cara, pues les estaría molestando el sol.

—Eran esas niñas las hijas de vd., le interrumpí. . . .

—Criadas de vd., y cabalmente aquí vienen con mi esposo.

—Señores, tengan vds. buenas noches, nos dijo un anciano que entraba á ese tiempo acompañado de dos muchachas.

—Caballero... Señoritas... niñas, balbutimos yo y el capitán.

—Quietos, señores militares, siéntense vds.—El anciano colocó en un rincón del cuarto una pala y un azadón que traía en la mano, y las muchachas, después de saludarnos con una afable é ingenua sonrisa, regalaron á su buena madre un ramo de rosas, campánulas y maravillas.

—Hijas, les dijo la madre, es menester disponer cena y camas para los señores, que probablemente estarán cansados y mañana tendrán que madrugar. Las muchachas volaron á ejecutar las órdenes de su mamá, mientras que nosotros arreglábamos las maletas y monturas, y procurábamos acomodar lo mejor posible en un corral á los caballos. Merced al esmero y atenciones de esta familia, pasamos una excelente noche: á la mañana siguiente montamos á caballo para seguir nuestro viaje. Toda la familia salió á la puerta á vernos partir; las muchachas nos regalaron una rosa á cada uno y el anciano con mucha sinceridad nos dijo:—¡Eh! Dios lleve á vds. con bien; cuando vuelvan ya saben que tienen una casa.

—Pronto, muy pronto nos veremos, D. Juan, le contesté; quizá entonces podré traer á estas niñas algunas frioleras en señal de mi gratitud.

—Si va vd. por Río-Grande, dijo el capitán, inclinándose á dar un abrazo á Don

Juan, no deje vd. de verme; tendré mucho gusto en que estemos juntos.

—Adiós, señores.

—Adiós niñas.—Adiós, Don Juan.

Un año después pasaba yo cerca de Tlaxcala. El hermoso fresno debajo del cual dormí una siesta: la amable familia que me dió hospitalidad: aquellas muchachas puras y hermosas que ví acercarse lentamente á mí, como dos ángeles del cielo: el arroyo, las flores, todo, todo, se me presentó de nuevo como un cuento de las Mil y una noches, así es que me resolví á extraviar mi camino y visitar en Tlaxcala á las bondadosas gentes que habían dejado en mi alma tan vivo recuerdo.

Atravesé la multitud de calles formadas con las huertas y pequeñas casas, me interné en la calzada de nogales y divisé el fresno, fresco, verde, lleno de pompa y de vida; pero la modesta casa y el pequeño jardín de Don Juan no existían ya: un montón de ruinas, una porción de palos quemados. Esto era todo.

## II.

Un horrible vértigo se apoderó de mí: bajéme del caballo, recliné mi cabeza contra el fuste de la montura, y permanecí de esta manera no sé cuánto tiempo, hasta que una voz un poco bronca me dijo:

—Amigo mío, si está vd. enfermo, puede vd. pasar á mi casa y acostarse un rato....

ó en fin, tomar una taza de café ó alguna otra cosa que lo alivie.

—No es nada, le respondí, me acometió un ligero desvanecimiento; pero se ha pasado. El que me hablaba era un anciano rollizo con un gran sombrero jarano, una cotona y unos calzones de gamuza lipana, y que picado de la frialdad con que yo lo había tratado, me volvió las espaldas y se dirigió á su casa, que estaba muy inmediata. Yo por mi parte puse el pie en el estribo; pero deseando indagar los pormenores de la catástrofe de la familia de Don Juan, cambié de resolución y dejando mi caballo al criado, me dirigí en pos de mi hombre.

—Bien le decía yo, me dijo al mirarme, que tendría vd. necesidad de descansar un rato. Pase vd. adentro, tomará vd. algo.

—Una poca de agua fresca, le contesté, es lo único que deseo.

—¿Y dónde se dirige vd. ahora? me dijo presentándome un gran vaso de agua.

—A Monterrey, le contesté respirando con trabajo, limpiándome los labios y poniendo en sus manos el vaso ya vacío.

—Pues entonces podría vd. cómodamente quedarse á dormir aquí, y mañana hace vd. su jornada á Palo Blanco, ó á Salinas, si los caballos son buenos.

—Tenía yo intención dellegar ahora á Boca de Leones, pero como pasé cerca de este lugar, quise saludar á una familia que vivía aquí junto y me hospedó hace un año; mas veo que la casa está quemada....

—Sí, quemada, me interrumpió y toda la familia murió á manos de los salvajes....

—¡Dios mío, qué catástrofe tan horrible!—Horrible, sí, horrible por cierto, me contestó con una voz conmovida, pero vd. conoció desde luego á mi hermano Juan?

—¿Era hermano de vd. D. Juan?

—¿Y se acuerda vd. de Rita y de Paula, mis sobrinas?

—¡Oh! mucho me acuerdo de toda la familia.—¡Qué guapas y qué hermosas eran las muchachitas! ¡Qué piés los de Paula tan chiquitos! ¡Qué cintura la de Rita! ¡Qué gracia al andar, qué sonrisa!.... Ya se ve, las dos muchachas eran como dos luceros.

—Pobres niñas, murmuré á media voz.

—Pobres sobrinas mías, repitió D. Tadeo (que este era el nombre de mi huésped), y luego señor, si viera vd. las crueldades que hicieron los bárbaros con toda la familia.

—Cuénteme vd. los pormenores, pues aunque sea muy doloroso escucharlos, deseo saber el martirio que sufrieron estos ángeles.—¿Vd. estaría aquí, por supuesto?

—La víspera del casamiento de Paulita....

—¿Con que se iba á casar Paulita, le interrumpí?

—Sí señor, con un muchacho muy hombre de bien de Boca de Leones, llamado José de Burgos; pero como decía yo á vd., la víspera del casamiento, cosa de las ocho de la noche, entré á la casa de mi hermano

Juan y me lo encontré sentado en compañía de sus hijas y de mi comadre Gertrudis, al derredor de una lumbre donde se asaba un cabrito.

—Siéntate, hermano Tadeo, me dijo luego que me vió entrar, cenarás con nosotros. Estamos preparando este cabrito, porque las muchachas esperan esta noche á José de Burgos.—Ya sabes que mañana se casa con Paula.

—Lo sé, Juan, lo sé. ¿Por fin esta pícarra muchacha nos quiere abandonar?

—No, tío, de ninguna manera, me quedaré con vds., contestó Paulita.

—Sí, te quedarás, es una verdad; pero yo hubiera querido que fueses mi mujer.

—¡Tío!

—No te asustes, sobrina mía; con una dispensa del Sr. Provisor todo se hubiera facilitado; pero veo que el Sr. Provisor no me hubiera quitado ni los años ni las canas, ni las arrugas. . . . José de Burgos es un excelente muchacho, Paulita, y vas á ser muy feliz con él; en cuanto á mí, esperaré á que tu hermana tenga un año más, y entonces verás cómo no es ingrata. ¿Qué dices de esto, Rita? Las muchachas se pusieron coloradas con estas chanzas, y yo como estaba sentado en medio de ellas, pude abrazarlas con un cariño de tío. . . . qué de tío, de padre, señor militar, pues las quería como á las niñas de mis ojos. ¿Se acuerda vd. de ellas? ¿Las vió vd. correr por entre es-

tos arroyos con sus cabezas llenas de rosas, sus zagalejos encarnados y sus zapatitos blancos?—Tadeo García tenía, al concluir estas palabras, los ojos llenos de lágrimas; pero sacó su pañuelo y fingiendo limpiarse el sudor de la frente, enjugó aquel llanto que le arrancaba el recuerdo de sus sobrinas.

—Vaya, señor militar, fume vd. un cigarro, me dijo con una voz ya repuesta y entera.

—Con mucho gusto, le contesté; mas espero que no me dejará vd. en duda de lo que deseo saber.

—No, por cierto, me respondió sacando de la bolsa una hoja de maíz y un pan de tabaco aprensado, para hacer los cigarros. Vd. que conoció á mi hermano Juan, vería que su aspecto representaba un ranchero rústico é ignorante como yo.

—No señor, representaba un hombre sencillo y honrado, de los que á cada paso he encontrado por la frontera.

—Sí, en efecto, mi hermano era muy honrado, y como digo á vd., aunque rústico sabía dar muy buenos consejos á sus hijas, de manera que se habría vd. encantado al oír cómo esa noche amonestaba á Paula para que amara mucho á su marido, para que fuese una mujer trabajadora, para que en fin llegara á ser una madre amante de su casa y de su familia, como lo había sido mi comadre Jacinta. En estos sermones es-

tábamos, cuando escuchamos pasos de caballos y á poco momento se presentó en la casa el muchacho José de Burgos. Todo fué alegría entonces; mi hermano y mi madre lo abrazaron, y yo y las muchachas lo llevamos casi en peso junto al fogón donde el cabrito se estaba asando.

José de Burgos, antes de cenar, fué al corral á colocar y dar pastura á sus bestias, y cuando volvió á entrar, venía cargado con un cajoncito con indianas, castores, aretes, soguillas, peinetas y.... qué sé yo qué cosas más que había comprado en Monterrey. Como ya vd. conoce lo afectas que son las mujeres á esas chucherías, no debe extrañar que mis sobrinas se volvieran locas. ¡Qué bonitos zarcillos! decían, ¡qué piedras verdes tan lindas! ¡qué castores tan primorosos!.....—Qué castores ni qué diablos, les dije yo, lo mejor será que vean no se queme el cabro y cenemos, tanto más que este pobre José no habrá comido nada desde esta mañana; y apropósito, continué yo dirigiéndome á José de Burgos, ¿de dónde saliste esta mañana?

—Del Palo Blanco, me contestó.

—¡Caramba! pues has andado recio, y.... ¿qué dicen de nuevo por Monterrey?

—Anda el rum rum de que han entrado muchos indios por la Sierra de Monclova; pero yo creo que no es cierto, pues el camino está tranquilo.

—No hay que fiarse de esos hijos de Satanás, le contesté, pues caminan más ligeros que un ciervo, y por lo que pueda suceder, voy ahora mismo á recoger algunas yeguas y caballos que andan desperdigados.

—Vaya, Tadeo, me dijo mi hermano Juan, pareces un muchacho según el miedo que tienes.

—Deja, yo sé mi cuento; el caso es que yo quiero poner mis animales en lugar seguro, que en eso nada se pierde.

—Pero aun cuando sea cierto que los indios han entrado, es imposible que lleguen por acá, dijo mi comadre Jacinta.

—Siempre es buena la precaución, comadre.

—¿Pero qué, ahora mismo se va vd., compadre?

—No precisamente ahora; pero sí muy de madrugada.

Como el cabrito estaba ya bien asado, cada cual fué cortando su trozo y mientras platicaban unos, otros comían y otros.... figúrese vd. que Paula y José de Burgos no pensaban más que en su casamiento. ¡Qué feliz era esa noche la familia!

—Apropósito, señor militar, prosiguió Tadeo levantándose del asiento, es menester que procuremos comer, pues son ya las dos de la tarde y que si se resuelve vd. á pasar la noche aquí, demos algún alimento á sus pobres andantes, que se están ya co-



miendo las trancas del corral, á falta de maíz.

—Bien, me quedo, D. Tadeo, estoy resuelto.

—Pues manos á la obra. Hola, Francisco, desensilla los caballos del señor, dales agua y un poco de zacate, y acuéstese mientras de que voy yo á ver á unos arrieros que deben salir mañana con unas cargas de maíz.

D. Tadeo García se puso su sombrero y salió.

### III.

#### EPISODIO.

Luego que Tadeo García me dejó solo, me puse en pie y comencé á recorrer con la vista la habitación, que era una pieza pequeña con muebles todos de madera de fresno, pero aseados y puestos en orden. En un rincón estaba una excelente cama de caoba del norte y en ella recostado un muchacho de pelo rubio, tez rosada y que tendría como veinte años de edad.

—Amigo mío, le dije, dispense vd. que no le haya saludado; pero entré tan agobiado con el calor y el cansancio, que no advertí estaba vd. en esta casa.

—Cuando vd. entró, dormía yo, me contestó, y aunque después desperté, no quise

interrumpir la conversación de D. Tadeo; por esta causa tampoco le había yo saludado á vd.

—¿Y vd. es pariente de D. Tadeo?

—No señor, únicamente su amigo, y desde que me escapé del poder de los bárbaros, estoy viviendo con él.

—¿Cómo?... ¿También vd. se ha visto asaltado por esos enemigos?

—Sí señor; he estado cautivo tres años.

—¡Cautivo tres años! repetí yo abriendo tantos ojos. ¿Y dónde lo asaltaron á vd.?

—En las cercanías de Laredo una tarde que campeaba en el monte.

—¿Y cómo es que no mataron á vd.?

—Porque como era yo joven, y á ellos les agrada mucho mezclar la raza, prefirieron llevarme cautivo y me asignaron cuatro indias.

—¿Bonitas? le interrumpí yo maquinalmente.

—Feas, y llenas de grasa y de sebo.

—¡Oh! tormentos crueles pasaría vd.

—Figúrese vd. nada más....

—¿Pero qué género de vida tenía vd. con ellos?

—Vagar continuamente de un punto á otro, cazar, hacer guerra á los "táncahues" y "lipanes" y robar caballada en esta frontera y la de Durango.

—¿Y las tierras por donde vd. transitaba?....

—Eran las más veces hermosas, llenas

de árboles, de flores, de ojos de agua, ó bien llanos inmensos que formaban horizonte lo mismo que el mar.

—Todo era desierto.

—Sí, desierto, desierto que sólo los indios transitan.

—Y dígame vd.—¿antes de emprender alguna campaña hacen los bárbaros algunos preparativos?

—Sí señor, celebran un consejo y cabalmente asistí al que tuvieron antes de venir á la frontera.

—Será muy curioso el ver una escena de éstas.

—Figúrese vd. que el consejo se celebró en un bosque frondosísimo de nogales, robles y encinas que está situado en las cabeceras del río Rojo de Natchistoches. Debajo de un grupo de árboles había como veinte capitancillos comanches sentados en rueda delante de una gran hoguera. En las cercanías había también veinte tiendas de campaña formadas con pieles de cíbulo y venado: delante de cada tienda una lumbrada, y junto á la lumbrada un guerrero con su rifle, su lanza y su arco. A lo lejos y esparcidas entre aquel espeso monte, se veían chisporrotear multitud de lumbres, pertenecientes á las respectivas familias que danzaban y daban de tiempo en tiempo alaridos, semejantes á los de una manada de panteras.

Uno de los capitancillos sentados al de-

redor de la grande hoguera, se levantó, llenó de tabaco una gran pipa de barro encarnado y así que cada uno de los de la rueda la fumó, el capitán Nakreptabays (1) y con una voz ronca y tétrica dijo:

“Los hermanos del comanche lloran cautivos entre los blancos como la tórtola fuera de su nido porque los hermanos del comanche han perdido su nido.

—“Es menester libertarlos, respondieron todos los miembros del consejo.”

Los concurrentes, que eran muchos y estaban pendientes de las palabras que pronunciaban los capitancillos, aplaudieron á esta determinación con un alarido, blandiendo sus lanzas y puñales y disparando flechas al aire. El capitán Nakreptabays prosiguió:

—“El comanche necesita caballos para la guerra, porque el guerrero que va á la lucha si no tiene caballo es tan inútil como un río sin agua, y como un árbol sin hojas.”

—Pues vamos á quitarles los caballos á los blancos, ya que ellos nos han usurpado nuestras tierras.

Los circunstantes arrojaron otro alarido, blandieron sus armas blancas y dispararon sus flechas. El jefe continuó:

—Por cada cabellera que pierda el co-

(1) Nakreptabays quiere decir en castellano Sabino. Los indios salvajes regularmente adoptan por nombre el de algún objeto de la naturaleza.

manche, ¿cuántas deben perder los blancos?

—Ciento, respondieron los del consejo.

—Pues al capitán Naseka (1) lo hirieron y mataron además cuatro guerreros cerca del Río-Grande.

—Cuatrocientas cabelleras debemos traer (2) á nuestra vuelta.

Un alarido general se escuchó por todo el bosque, y los indios comenzaron á agitarse y revolverse, dejando ver con la luz temblorosa de las hogueras, sus rostros pintados de almagre y azarcón.

Nakreptabays alzó su pipa de barro encarnado, y aquella multitud frenética quedó en un profundo silencio.

—Hijos míos, dijo el capitán Nakreptabays, vamos á emprender una guerra á sangre y fuego; que ni un sólo blanco escape de las flechas y lanzas de nuestros guerreros: mujeres, caballos, mulas, todo sea para abastecer á nuestra tribu, y para vengar la sangre de nuestros hermanos. El Capitán Grande (3) nos ayude. Los capitancillos se levantaron, y unas mujeres comenzaron á bailar al derredor de la lumbre, mientras las demás entonaban un canto de guerra tan triste, que nunca se me podrá olvidar.

(1) Naseka quiere decir en castellano membrillo.

(2) Es sabido que los bárbaros como señal de su triunfo acostumbran arrancar la piel de la cabeza con todo y pelo.

(3) Llamán á Dios el Capitán Grande.

—Es decir, que vd. se acuerda de los versos ó estrofas de esa canción guerrera?

—No son versos, son una especie de composición sentenciosa, como todo el idioma de los salvajes. Poco más ó menos son en nuestro idioma de la manera siguiente: “Cuando hayan pasado cinco lunas, los comanches encenderán las hogueras.”

“Y bailarán al derredor del fuego que consuma á los cautivos.”

“Hartos de sangre y de venganza volveremos á ver nuestros árboles y nuestros ríos, y las flores del desierto.”

“Y enseñaremos á nuestros hijos las cabelleras de los blancos, como trofeos adquiridos por el valor de los hijos de las selvas.”

“El Capitán Grande nos ayude.”

—Figúrese vd. que este canto estaba acompañado del són agudo de un pito de carrizo, y que las cantoras hacían visajes, y arrancaban y desordenaban sus cabellos.

—¿Y qué hacía vd. entre tanto?

—Estaba de centinela con mi rifle y mi arco delante de la tienda del capitán Nakreptabays, deseando que la tal campaña que decretaban en el consejo tuviera efecto, para escaparme del poder de esos diablos en la primera oportunidad, como lo hice luego que llegamos á la Sierra de Monclova.